

Jorge Halperín jorgehalperin@gmail.com

Escritor y periodista

Resumen

El autor reflexiona sobre el achicamiento del Estado, desde su experiencia sobre lo que él llama «la larga noche de la Dictadura». Cuando se produce el Golpe de Estado de 1976, el conocido periodista, que trabajaba en los diarios *La Razón* y *El Cronista*, comenzó a colaborar con la revista *Temas*, de la empresa estatal Petroquímica General Mosconi. El papel del Estado en la economía, en el desarrollo de la industria nacional y en la creación de empleos y el valor de la integración latinoamericana, son temas que defendía la publicación y que sobrevuelan este relato, inspirado en un presente en el que el actual gobierno argentino retoma el lema de aquellos años: «Achicar el Estado es agrandar la Nación».

Palabras clave

Estado, industria nacional, resistencia, Dictadura

Abstract

The author reflects on the shrinking of the State, from his experience of what he calls «the long night of Dictatorship». When the Coup d'état of 1976 takes place, the well-known journalist, who was employed at the newspapers *La Razón* and *El Cronista*, began to collaborate with the magazine *Temas*, of the state company Petroquímica General Mosconi. The role of the State in the economy, in the domestic industry development and in job creation and the value of Latin American integration, are topics that the publication was defending and that they overfly this story, inspired by a present in which the current Argentine government takes up the slogan of those years: «Shrink the State is to enlarge the Nation».

Keywords

State, national industry, resistance, Dictatorship

Aprendizaje contracorriente

Countercurrent Learning

Por Jorge Halperín

Voy a contar una experiencia en la larga noche de la Dictadura. Y aclaro, de entrada, que para mí el gobierno de Mauricio Macri no es una Dictadura. Pero, si muchos creen detectar en la Alianza Cambiemos genes de la Dictadura (y me refiero a su brutalidad desde el inicio con despidos masivos, represión y persecución), muy bien puedo yo tener la esperanza, simétricamente opuesta, de que este momento tan difícil pueda alumbrar conciencias, como me sucedió a mí durante la larga noche del gobierno militar.

Porque yo aprendí mucho durante la Dictadura. Y no digo que aprendí sobre la naturaleza de los gobiernos militares, sobre su carácter torpe y criminal, sobre su incompetencia para lidiar con sociedades complejas y sobre su compulsión a destruir y a destruirse. Eso ya lo sabía por las anteriores dictaduras, aunque el *Proceso* superó todo lo conocido.

Pero, en coincidencia con el Golpe, me tocó vivir una experiencia de trabajo que me hizo descubrir el crucial papel del Estado en la sociedad. Es paradójico que, precisamente, cuando el Estado militar había desplegado sus tentáculos sobre toda la sociedad, el súper ministro de la Dictadura, Martínez de Hoz, instalara aquello de que «achicar el Estado es agrandar la Nación». Claro que él quería que el Estado militar siguiera enorme para garantizar un Estado chiquito en lo económico. Y, también, fue paradójico que yo aprendiera a valorar la importancia de tener un Estado muy activo cuando, justamente, sufríamos las consecuencias de un Estado hiperactivo.

Cuando Rafael Videla tomó el poder yo trabajaba en el diario *La Razón* y en el diario *El Cronista*, de Rafael Perrotta, el empresario luego desaparecido por la Dictadura. *La Razón* se transformó en vocero del Comando en jefe del Ejército, y *El Cronista*, cuya redacción estaba poblada de izquierdas peronistas y no peronistas, pronto se vendió al grupo ultraliberal de la revista *Mercado* y nos echaron bajo el eufemismo del «retiro voluntario».

Semanas antes del Golpe yo había empezado a colaborar en una naciente revista empresaria. Era *Temas*, de Petroquímica General Mosconi (PGM), una empresa del Estado con sede en Ensenada, provincia de Buenos Aires, que dependía de Fabricaciones Militares y de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), y que elaboraba derivados del petróleo con alta tecnología. Una empresa argentina que ganaba mucha plata proveyendo de insumos a otras fábricas locales que los transformaban en productos finales, clave para la integración industrial. Y, también, ganaba exportando.

Una vez estallado el Golpe la pasé difícil, porque me separaron de PGM para investigar si yo, que había estudiado Antropología, no integraba una célula terrorista. Aunque yo no integraba una célula terrorista, durante meses, a la angustia que me provocaba el Golpe, se sumaba mi incertidumbre sobre lo que podría pasarme. Hasta que me volvieron a convocar como si nada hubiese sucedido.

Una empresa, entonces flamante, como PGM era el sueño de un grande como Aldo Ferrer, que hasta ayer nos enseñaba lo siguiente: que la Argentina tiene que integrar su estructura industrial para romper con las crónicas crisis que le causa el tener que importar tanto insumo para que funcionen sus industrias, y con eso evitar la cíclica hemorragia de divisas.

Esas crisis crónicas se llevaron puestos a varios gobiernos. PGM cumplía con el sueño de Ferrer, pero también con el de otros patriotas, como Raúl Scalabrini Ortiz, e incluso de militares, como los generales Enrique Mosconi, que creó YPF, o Manuel Savio, un hombre clave en la creación de la siderúrgica estatal SOMISA (Sociedad Mixta Siderúrgica Argentina) dentro del Plan Quinquenal de Juan Domingo Perón, y también en el acero, al punto que el día de su muerte es el Día de la Siderurgia. Los militares de PGM se sentían herederos de la línea nacional Mosconi-Savio. Y trabajaba en la empresa una hija de Scalabrini Ortiz.

¿Y qué hacía una revista de esa empresa? Se distribuía a todo su personal y al de empresas colegas, a bibliotecas, a colegios y a universidades. ¿Para qué? Para enseñar el papel activo que juega el Estado en el desarrollo nacional, para hablar de la importancia de la energía, de la industria nacional –y, sobre todo, de la industria con alta tecnología–, del valor de capacitar a los recursos humanos y, también, para mostrar el rico patrimonio cultural que tenemos los argentinos: el tango y el folklore, los pueblos originarios, el barrio, los creadores.

Todo eso que causaba indiferencia o fastidio al súper ministro Martínez de Hoz formaba los contenidos de la revista *Temas*, que dirigía periódicamente mi querido y recordado amigo, el enseñandense Carlos Albano, y que yo redactaba de punta a punta, muchas veces sobre la base de colaboraciones de especialistas.

Desde luego que esta revista de empresa no denunciaba a la Dictadura ni a sus crímenes. Ni remotamente podía hacerlo. Los militares que conducían PGM no eran enemigos del régimen, aunque tampoco estaban cerca de su núcleo de poder. No eran el ala represiva del Ejército y tampoco aceptaban las ideas del ministro de Economía. Con su aval, hacíamos un trabajo de resistencia contra toda la política de Martínez de Hoz, el hombre que nos decía lo que hoy parecen volver a recitarnos que «achicar el Estado es agrandar la Nación». Y resistencia contra los economistas de su gabinete, los *Chicago Boys*, que decían: «Da lo mismo fabricar acero que golosinas»; o sea, «no jodan insistiendo con la industria de base». Y no daba lo mismo. Aunque hoy parece que da lo mismo no fabricar nada si no lo hacen los grupos más concentrados.

Petroquímica Mosconi fue la base de la que nació el Instituto Petroquímico Argentino (IPA) y la Asociación Petroquímica Latinoamericana (APLA); o sea, la integración. Y la integración latinoamericana era dominante en la revista *Temas*.

Investigando y escribiendo todos los textos de la revista fui formando mi propia conciencia sobre el papel del Estado en la economía, sobre el rol de la industria nacional en el desarrollo, en la creación de empleos bien remunerados, en la defensa de nuestros intereses, y sobre el valor de la integración latinoamericana.

En 1977 renuncié a *La Razón*, asqueado por su línea de defensa de la Dictadura. En 1981 dejé PGM para volver a una redacción periodística, la de *Clarín*, pero seguí escribiendo la revista *Temas* como *freelance*.

Una década más tarde, lo que no había conseguido Martínez de Hoz lo ejecutó Carlos Menem, el privatizador: destruyó a PGM anulando el precio promocional de la nafta que la empresa recibía para estimular estratégicamente la integración petroquímica del país, y de ese modo ahogó a la empresa estatal y a sus derivados.

Cada tanto vienen por todo y se llevan puestos los mejores esfuerzos por defender la inclusión y la soberanía. Y yo vuelvo a luchar contra el escepticismo. Pero, si en medio de la larga noche de la Dictadura se pudo defender lo contrario y si pudo ocurrir la magnífica experiencia democrática de estos doce años, quiere decir que este duro partido todavía no tiene un resultado definitivo.